

Título: Decir lo indecible: Esencia mística en la obra de José Watanabe.

Por: Gabriel Eduardo González Cordero

José Watanabe fue un poeta peruano nacido en 1945 en Laredo, Trujillo. Han sido publicados sus cinco poemarios, también ha colaborado con guiones para cine y en el teatro con una versión de Antígona. Watanabe es considerado uno de los más importantes poetas peruanos de los últimos cincuenta años, introduce en la literatura contemporánea una reflexión singular sobre la vida y su culminación en la muerte.

Tras una infancia muy precaria en la provincia, a mediados de los años setenta viaja a la capital del país para iniciar estudios superiores, cuando llega a Lima se encuentra con una generación de jóvenes poetas reunidos básicamente en dos grupos: Hora Zero y Estación Reunida, ambos grupos fervientes lectores de los canónicos Thomas Stearns Eliot y Ezra Pound, también influenciados por los beatnik y en general por la poesía norteamericana. Estos jóvenes desde sus primeros versos, se expresan con una fuerte carga de autenticidad, revitalizando de este modo el lenguaje poético del momento.

Watanabe no se integró a ninguno de los grupos, aunque mantuvo una estrecha amistad con la mayoría de sus integrantes, y se retroalimentó de sus lecturas. Es por eso que en ocasiones lo reseñan como “insular” dentro de la tradición de los años setenta en Perú. También ha sido llamado Poeta de la Sabiduría y la Reflexión, en buena medida por su vínculo con el haiku, parte de su herencia paterna, además porque sus poemas implican una profunda reflexión en torno al ser humano que involucra una enseñanza sustancial. Se ha resaltado su voluntad por construir una opción estética marcada por la sencillez, lenguaje parco y ritmo despacioso, que es del todo contraria a los artificios de la retórica.

Lo que se ha escrito sobre su obra poética ha intentado reconstruir un imaginario personal a partir de su lugar de origen, sus relaciones familiares, sus vínculos con la cultura japonesa y su bestiario animal.

Sin embargo su obra poética invita a una constante y profunda reflexión, por tanto sería posible una revisión mística, porque también nos refiere imágenes que rebozan de fe en el mundo, en el ser humano, la humanidad, las culturas y las distintas cosmovisiones que pueden confluir en sus textos.

Siendo el punto de partida las discusiones y reflexiones dentro del seminario: *decir lo indecible: Poesía y mística* propuesto por la escuela de Letras y dictado por el profesor Erardo Hernandez, nos acercaremos a la definición del fenómeno místico.

La mística hace referencia a zonas limítrofes de la experiencia humana, es decir, una conexión entre lo humano y lo divino, de este acercamiento deriva una forma de conocimiento renovado.

En la obra de Michel de Certeau *La fábula mística*, nos dice: el movimiento que especializa “místico” se traduce en la aparición de una ciencia que se organiza alrededor de estos hechos extraordinarios y les otorga un espacio propio: la ciencia mística, muy pronto, “la mística”.

Entonces para aproximarnos a la definición de la mística, era necesario darle un cuerpo, crear un método propio para estudiarla y ese objeto que nos permite estudiarla es la poesía, el cuerpo.

La experiencia espiritual autentica es accesible solo para unos pocos y lo inefable es una característica de lo místico, porque en el intento de expresar o codificar la experiencia trascendente a lo ordinario se presenta un gran problema; se podría pensar, entonces, que la paradoja de la mística se encuentra en su imposibilidad de representación.

Crear un discurso que permita el convencimiento de las experiencias, es verdaderamente complejo, pero las expresiones poéticas irrumpen en lo indecible, la actualización constante que permite el lenguaje hace posible evidenciar lo extraordinario y lo comunicable.

Es posible “la mística” en la poesía, porque es un género que vive de la tensión entre lenguaje y experiencia. Esto quiere decir que siendo la mística inefable, sólo se puede evidenciar en la poesía porque esta se alimenta del misterio de lo imposible.

deCerteau, nos ayuda a delimitar la figura de los místicos: La figura del santo perdura, pero cambia de contenido: sigue siendo extraordinaria, pero por sus “estados” más que por sus virtudes, por su conocimiento más que por sus hazañas, por su “lenguaje desconocido” más que por sus milagros.

Esta descripción puede ser aplicada a quienes consideramos como poetas místicos. Sin ser necesariamente un sacerdote o un hombre entregado a la vida clerical, el poeta a través de su obra nos permite aproximarnos a esas experiencias extraordinarias cercanas a lo divino y el uso del lenguaje da licencia para evidenciar a esa experiencia.

A continuación un ejemplo extraído de en su poemario *Habitó entre nosotros* del año 2002

Razón de las parábolas

La Palabra

Siendo como es, divina, se pronuncia

con lengua de hombres,

lengua efímera pero tocada

por una gracia: la parábola,

aquella pequeña historia

que guarda una serena ansia: ser de todos.

Por eso hablo así, hilando

La Palabra en vides, en semillas de mostaza,

en trigo y aun en cizañas y pedregales, cosas de la gente,

de sus manos,

que luego suben como un destello

a sus limpiadas mentes

Olvide otra ansia de la parábola:

durar. Recordadas sean por siempre todas

porque todas son una, La Palabra,

que por ahora soy yo.

En este poema es innegable la importancia del La Palabra, como cosa divina, aunque para nosotros sea ordinaria, está tocada por lo divino. M de Certeau dice: La letra es un hablar. La ciencia que la analiza es un dialogo espiritual, pero hecho de experiencias lingüísticas y literarias, siempre relativas a un locutor presente/ausente de su discurso.

El acercamiento al poema no está hecho para recibir una significación acabada, se trata de un tipo de experiencia que solo se permite dentro del lenguaje, es allí cuando La Palabra, decodifica esa experiencia extraordinaria, inefable. La verdad del lenguaje no se muestra en otro lugar diferente que no sea el mismo lenguaje.

Lo indecible no debe buscarse fuera del lenguaje, el lenguaje permite crear lo que no estaba dicho, es decir el fenómeno místico, y crea un discurso que permita el convencimiento de esta experiencia es verdaderamente complejo, pero las expresiones poéticas irrumpen en lo indecible, esta renovación de la forma hace posible el confluir de la experiencia mística y lo comunicable.

En el poema Animal de invierno del poemario *Cosas del cuerpo* publicado en 1999 leemos:

Animal de invierno

Otra vez es tiempo de ir a la montaña
a buscar una cueva para hibernar.

Voy sin mentirme: la montaña no es madre,
sus cuevas son como huevos vacíos donde recojo mi carne y olvido.

Nuevamente veré en las faldas del macizo
vetas minerales como nervios petrificados, tal vez
en tiempos remotos fueron recorridos
por escalofríos de criatura viva.

Hoy, después de millones de años, la montaña
esta fuera del tiempo, y no sabe
cómo es nuestra vida
ni cómo acaba.

Allí está, hermosa e inocente entre la neblina,
y yo entro en su perfecta indiferencia
y me ovillo entregado a la idea de ser otra sustancia.

He venido por enésima vez a fingir mi resurrección.
En este mundo pétreo
nadie se alegrará con mi despertar. Estaré yo solo y me tocaré
y si mi cuerpo sigue siendo la parte blanda de la montaña
sabré que aun no soy la montaña.

En este poema la voz lírica da cuenta de una travesía que tiene como punto de partida una experiencia físico-corporal y se encamina hacia la configuración de una nueva visión de la realidad, es la frecuente búsqueda de transcendencia de lo humano.

Pero más allá de las interpretaciones que pueden sugerir del poema, podemos analizarlo desde la palabra. Porque el poeta es consciente de la dificultad que tiene la palabra para expresar con exactitud una idea o capturar un instante de la realidad. Las palabras en el poema dicen lo que no puede ser dicho de otra manera, dicen verdad, una verdad humilde, sin pretensiones. Es capaz de cambiar al mundo, es un ejercicio espiritual, es un método de liberación interior. La poesía revela este mundo; crea otro.

El mundo está organizado según los relatos que de él hacemos, es aquello que decidimos decir de él y el discurso místico, forma parte de estos relatos, el poeta consigue poner a punto una lengua para decir lo que no sabría ser dicho por el discurso conceptual: la experiencia de Dios, la experiencia extraordinaria, la experiencia trascendente, es por ello que La Palabra tiene la potencialidad de crear en sí mismo, sin un referente previo.

Revisar la obra poética de José Watanabe no implica simplemente reducirlo a sus vínculos con la cultura japonesa, su bestiario animal o sus relaciones con la naturaleza, también permite esta aproximación mística, porque el lenguaje permite dentro de sí una experiencia extraordinaria. El lenguaje místico es revelador de la esencia del lenguaje humano, lenguaje poético y lenguaje a secas.